

IGLESIA DE SAN ULRICO EN AUGSBERGO.

El templo mas antiguo de Augsburgo, despues de la catedral, es la Iglesia de San Ulrico. En sus primeros tiempos fué una capilla dedicada al Santo Afre, el cual murió quemado en tiempo del pretor Gajus, en el mismo sitio que ocupa el edificio: varias veces fue este saqueado y destruido, reconstruyéndole siempre en mayores proporciones, hasta que por último, en el año de 1607, fué reedificado según hoy existe, sujetando su arquitectura á las severas y bellas formas del estilo gótico, que tanto predomina en Alemania.

Tiene 318 piés de longitud, 84 de anchura y 100 de elevación, con una torre de 520 piés de altura, situada enfrente de la puerta roja, que da entrada á la ciudad por el camino de Munich. El interior de la iglesia forma una cruz latina, cuyos dos brazos son los dos coros laterales de San Ulrico y San Afre. Se compone de tres naves, de las cuales la principal tiene 100 piés de elevación y las dos laterales 50; estas están separadas de aquella por 16 columnas góticas. Reciben la luz por 42 ventanas, de vidrios pintados de la mayor

belleza; encuéntranse allí asimismo cuadros de notable mérito, primorosas esculturas y trabajos en bronce de sumo valor, presentando todo ello un conjunto armonioso y admirable.

### UN DIA DE TOROS EN EL PUERTO.

L.

Tres dias habia que las volcieras trompas de la publicidad, representada por una docena de ciegos, pregonaban á voz en grito la famosa corrida de toros que iba á verificarse en el Puerto de Santa María, y aquellos mismos tres dias habia tambien que me agujontaba el deseo de ver á mi persona ocupando un asiento de la plaza, porquies

4.º DE MARO DE 1835.

triste cesá quedarse en Cádiz cuando todo el mundo emigra para trasportarse en masa á la vecina ciudad. Anduve, no obstante, irresoluto, y sólo me decidí á marchar allá á una hora bien avanzada de la mañana, que era precisamente aquella en que saía el último vapor. No había pues que perder tiempo: tomé el trote hacia el muelle, y jadeando, y cubierto del sudor que me brotaba por todos los poros de mi cuerpo, pongo el pié en la plancha en el instante en que sonaba la última campanada del último toque. El barco rebosaba de gente, y ya se supone que no se habrían cuidado de guardarme sitio; por tanto, habé de colocarme entre la caldera y la chimenea, es decir, en el infierno; pero era imposible retroceder. La suerte no me dejaba mas que dos caminos: ó convertirme en ración, ó arrojarme al agua: tristísima alternativa en que sólo me era dado elegir el género de muerte: opté por el fuego como mas tiempo, y á poco ya se me salía de la boca medio gramo de lengua como si fuese perro en Cádiz: mis ojos se me salaban de las órbitas; comenzaban á chirrear mis pectorales, y ya contaba por minutos los de mi vida, cuando un caritativo marinero tuvo compasión de mí, y llevándome en volandas me sacaron en el hauprés, y aunque me ponia su caridad á dos dedos de la muerte, todavía me pareció aceptable aquella posición tan comprometida, y que ya en cualquier otra circunstancia hubiera tenido por absurda. Convertido pues en figura de proa del vapor, y guardándome majestuosamente el equilibrio, pasé casi tres cuartos de hora, que me parecieron los tres días que Jotás pasó en el vientre de la ballena, esperando á cada balance ir á convertirme en pasto extraordinario de las pesadillas del Occéano. Pero en fin algún santo de los muchísimos á quienes invoqué hubo de rogar por mí, llegó salvo á saludar las amargas azoteas de Vista-Alegre, á descubrir los copados árboles y á encargar el murmullo de las fuentes del ameno Vergel del Puerto. Páseme en tierra de un salto, y faltóme poco para arrodillarme en ella, como Robinson después de su naufragio; pero reflexioné que esta escena trágica y que esta romántica pantomima hubieran podido atraerme algún narranzajo de la desalmada turba que allí bulía, y suprimí en consecuencia todo acto exterior que pudiera comprometerme.

Una vez en terreno firme, atravesé la linda alameda y tomé calle arriba la de Luna, que es el natural desagüe de los vapores, hallándome á los pocos minutos en las mas frecuentadas esquinas de la hermosa calle Larga, animadas á la sazón por una inusitada concurrencia.

Paréme allí hecho un bobo, y á poco comenzaron á pasar en larga procesion majos jerezanos montados gallardamente en briosos caballos, y llevados á la grupa, en vez de muleta, sendas majas, no sin haber antes la cabalgata hecho su acostumbrada estación en la tienda de la Zorra, que situada frente á la Victoria y en la confluencia de las calles Larga y de Cieles, posee la situación topográfica mas envidiable para que el sediento pasajero seanime sus fuerzas con una caña de manzanilla.

Pero mi impaciente estómago me avisaba de que era hora de comer, y no había que perder tiempo, toda vez que no era probable que el señor alcalde esperase mi llegada para principiar la corrida. Partí á una fonda; pero en balde, pues nada había ya comible en ella, y lo propio me sucedió en otras dos. Finalmente, en la cuarta me dieron esperanzas, que como se verá, casi en eso quedaron; mas yo no me hallaba en situacion de exigir golterías, y me resigné á lo que me diéren. Entre tanto una multitud de hombres, que por su conversacion y aspecto conocí desde luego ser artesanos de Cádiz, gustaban sus pesos con tal rumbo que no parecia sino que dejaban en su casa algun gato de doblones, siendo lo cierto que al inmediato día acaso los tendrían por qué llevar á la boca. No podía por tanto dudarse que aquellos eran andaluces, y lo que es mas, gaditanos.

Al cabo pues de mis reiteradas reclamaciones, logré que me trajeran un plato de sopa fria, que casi tuve por arbeta de fideos, y media hora despues en pollo, al menos pollo parecia; pero era pura ilusion óptica: el esqueleto de aquel ave cubierto con pergamino fué lo que me pusieron delante. En vano esgrimí el cuchillo para ver de desarticular la que semejaba pluma; sus oscilantes coyunturas no cedieron á mis desesperados esfuerzos, y fuéme forzoso pedir el bacha de la leña para destrozarlo. Masqué largo rato infructuosamente la mitad del que ya habia servido antes de torro de un libro, en los demostañados huesos con una destreza digna de un mastin de cortijo, y salíme á la calle ladrando de pura hambre, por mas que me buliese costado el dinero aquella apariencia de comida.

No había tiempo que perder; los toros iban á comenzar, y no era cosa de volverme sin verlos, ya que á eso solo fui al Puerto. Tomé pues el camino de la plaza; mas recordé que me faltaba que tomar el billete, lo cual era dificultad un tanto grave, y que yo no habia previsto hasta aquel momento. La ventanilla estaba asediada por mas de cien personas, que se empujaban, se codocaban, se oprimian, y aun á veces se distribuían mutuamente sendos alfilerones para desembarazarse del que por maña ó por fuerza habia llegado á cojer la delan-

tera. De aquel apañado tropel salian gritos ahogados, lamentos, imprecaciones; encaramábanse los unos sobre los hombros de los otros; revolviábase estos contra los agresores, y caían agitados en medio del tumulto aumentando el desorden y el vociferio; en fin, aquel era un verdadero campo de Agramante, donde en vez de pelear por el escudo, por la espada ó por el yelmo, se peleaba por un boleto para ver los toros.

¿Y qué hacer? me pregunté yo á mi mismo. ¿He de resignarme al único objeto de mi viaje antes de probar fortuna? ¿No se me tendrá acaso por cobardo y para poco, si confieso que he dejado de ver los toros por no atreverme á intentar lo que tantos intentan? Temeroso pues de las burlas de mis amigos, si tal llegaba á saberse, me encasqué bien el sombrero, ábricháme la levita por temas de que cayesen burro mi bolsa y mi reloj, y cerrando los ojos y apretando las pupilas embestí con tal furia, que abrí brecha en las delicias filas. Los desalojados, sin embargo, no me dejaron gozar impunemente de mi corto triunfo. Este me mole el codo por un hijo, aquel (que era gallego) me planta su nacido zapato encima de mi mas predilecto callo, haciéndome poner el berrido en el quinto cielo; el de mas allá me asesta un puñetazo tal que me hace salir la cabeza por la tepe del sombrero; en fin, de chichón en chichón y de desgarradura en desgarradura, aquí traigo, allí levanto, aquí me estrujan y allí me aplastan, logré llegar á la primera fila sin mas que un faldon en la levita, con un zapato solo, y ese descalzado, el coello de la camisa hecho una torcida de velon, y con gruesa avería en la cobertura de la cabeza, que ya no merecia otro nombre la especie de montera manchega que en ella me habian dejado. Una vez allí, conseguí á fuerza de gritos un asiento comun, únicas localidades que aun se despachaban, y con menor trabajo pude salir de aquel laberinto de Creta, dirigiéndome muy ufano hácia la primera puerta de las de sombra que hallé; pero juzguen mis lectores de mi desesperacion cuando al alargarme mi tarjeta al portero el que este me dice: «No es por aquí. Este boleto es de sol.» A punto estuve de descargar sobre el dependiente la ira que me asaltó en aquel punto; pero por una parte reflexioné que él no tenía la culpa de mi imprevision, y por otra noté que el centinela, al ver mi situacion, se preparaba á intervenir en la culpa de su fusil en aquel negocio. Hicéme atrás, me séme los cabellos, desfogué mi cólera en mi persona, y luego comencé á reflexionar para ver lo que podia hacer en el punto á que las cosas habian llegado. Mi resolucion fué heroica, cambié de puerta, y á poco embud mi buljo entre la democracia y asoleada asamblea.

## II.

Ya dejó contado el cómo hubo de resignarme á pasar bajo las horcas caudinas, que por una de las tales tuya al dintel de la puerta por donde penetré en la plaza y confeséme que me sobraban motivos para pensar así. Aquel paso era en efecto una humillacion, si no para mi persona, al menos para mi frac, que iba á verse allí como ejerzplát único entre tantas chaquetas y tantas mangas de camisa. Sin embargo, mi frac en todo rigor no debía ya alimentar muy arteriales pretensiones, puesto que, como ya llevamos dicho en mi anterior artículo, habia quedado con un solo faldon, lo cual le quitaba todo su carácter de señorío, y claro está que también á mí, pues lo llevaba puesto. En fin, mi resolucion estaba tomada, y á la manera del que traga un nonseabundo breveje de botica, cerré los ojos, penetré en la plaza, y comencé á subir la estrecha y lamenitida escalera del tendido, donde entré la maldición de esta muger á quien pise el faral del traje de coco, y el codazo de aquel palan sobre quien me apoyé para trepar, logro sentar en una tabla mi dorveañida osamenta.

Por algo se pagaba allí solo una peseta. En efecto, el sol abrazador de la canícula dejaba caer á plomo sus rayos sobre el que fué en otro tiempo mi sombrero, y que era ahora una ludiora vuelta del revés. El horno de Bahilóna donde fueron arrojados los tres manecitos debía, en mi entender, gozar de una temperatura envidiosa comedia, en la de aquella tarde, y es seguro que si á algun de los inquilinos de las gradas del sol le llevasen sus pecados al infierno, ya es menester que vean los diablos lo que levanan si han de hacer mela en sus cuerpos.

Dijo que logré sentarme, y lo estaba en efecto así con la misma comodidad que Campalicao, el héroe de Aruco, sobre la punta del palo que fué su suplicio. Véase ahora quienes eran mis vecinos de asiento.

Ocupaba mi derecha una mozoleta tras negra que mi corbata, pelo crespo mal domesticado por la blandurilla, y rayos habia arrojaban de vez en cuando, entre diábolos que podria escandalizar á un entrepuente, bucnades de pastora huesos, merced al puro del estero que llevaba en la boca, y que semejaba en la figura y en el color á una algarroba seca. En fin, la heroína de mi cuento era ni más ni menos

que una habitante de la Mirandilla de Cádiz, que había ido á holgarse al Puerto con ánimo de volverse aquella noche á descansar la figura en su palacio de la Bajada de los Escalvados.

Con ser la tal una verdadera lástima, y con ser hasta su seno un verdadero problema fisiológico, esto es que sus grandes y sus directivos póstron interés á un apurillo que á su otro lado le deparó la suerte, y que sin dudar por la presa de la los bucos se había dejado la chaqueta en casa y sin algunos trozos de la camisa; pero en cambio no olvidó llevarse para sí dos botellas de manzanilla, las cuales le sirvieron como de llave de oro para conquistar á su Dama, siendo lo cierto que antes de mucho ya ella contestaba con voz aguardientosa á los requiebros de su amarcelado galán, no sin su punto de celos de otro mozo erudo que estaba á su izquierda, y que apretaba los puños al ver la ingratitud con que aquella fementida mujer pagaba los ocho cuartos y medio de arellanes que le había regalado poco antes de la aparición del preferido amante.

Pero ni yo había ido allí á ocuparme de conquistas ajenas, ni aquella era de naturaleza tal que me incitase siquiera á escuchar los sabrosos razonamientos de semejante par de tórtolos; por tanto, y al oír que el clarín municipal daba al viento su primer trompetazo, fijé los ojos en el circo, donde á poco apareció el número uno de los esperados animales.

Era este todo un filósofo desde los cuernos al rabo. Salí con paso mesurado y grave, miró en derredor suyo con desden, como con compasión, y al ver la estravagancia del hombre que tales fiestas ama y lucea, que en tan bárbaros espectáculos se goza, volvió á inclinar al suelo su respetable testuz, y quedóse como meditabundo.

Sin embargo, su trapío era demasiado formal para que aquel desalmado pueblo no lo acojese con hórridos y destemplados silbidos. Un picador se le puso delante y comenzó á hostigarle; pero el toro, después de haberle medido con la vista, y después de persuadirse de que era empresa fácil á sus fuerzas escarmentar la osadía del hombre y del flaco animalito en que cabalgaba, volvióle la traseira con desprecio, dándole á entender con la cola en movimientos significativos que le dejaba por loco.

Redoblóse con esto la gritería, pidiéronse banderillas de fuego, y otro picador, envaletonado al verlo fácil que era lucir con aquel animal, tornó á acosarlo con tan temerario empeño, que casi le hizo salir de sus casillas, notándose en su oreja izquierda cierto movimiento que dejaba traslucir su mal comprimida cólera. Sin embargo, triunfaron sus sentimientos humanitarios, y sacudió ambos cuernos como para dar á entender que sus principios y no el temor le impedían aceptar el reto. No esperó mas la ansiedad pública; aumentáronse los gritos y los silbidos, en tanto que la autoridad le mandaba aplicar unas cuantas banderillas de fuego, que sufrió impasible la víctima, sin casi apescribirse de aquel tratamiento tan poco civil, abstraída como estaba en sus profundas meditaciones. Esta misma abstracción le impidió el ceder que tras la tercera clarinada se apresaba un erudito de chupa y montesa á cortar el hilo de su pacífica vida, y semejante al geometra de Syracuse, cayó bajo el filo de la enemiga espada cuando acaso, como aquel, resolvía en su mente algún problema que dilatase el círculo de los conocimientos humanos.

La corrida había empezado mal, y estas ya se sabe que acaban peor. Salí el segundo toro tan vivaracho y ballarín, que todos le tuvieron por gran cosa. Tan cordial como el otro era hocico, fué en busca del primer picador con el objeto de fraternizar con él; pero al hallar una acogida harto menos hospitalaria de la que se había imaginado, cayó de su burro y comenzó á sospechar que no iba á salir bien librado con aquella gente boez. En efecto, ya en adelante comenzó á ver la manera de escabullirse; pero sabido es que no era eso precisamente lo que quería el público, qu'en (en pocas palabras) pidió y obtuvo para esto los mismos honores de chamusquina que para su antecesor.

Corridas malas ya se sabe que no hacen nunca buena sangre. El Orlando de la guita, que como dije antes andaba coloso de las preferencias que concedía la Angelica de la Mirandilla al Medoro de la camisa rosa, comenzó á echar á este ojeadas centellantes, y poco después á buscar camorra con él de la manera mas resuelta. Si los celos hacen temblar al uno, los favores de la beldad hacen valiente al otro; de forma que tras de cuatro palabras mayores se fueron á otros cuatro milagros, enarbólandose por ambos contendientes sendas botellas, vacías por supuesto. Mi posición era estremadamente crítica, y aun-que hubiera querido ballarme á seis leguas de distancia de aquel par de potencias beligerantes, esto es que no había medio de desasirme de allí. Tomé pues el único partido que me quedaba, es decir, próhé á poner término á las luchas de las naciones. Puesto que quisie pacificarlos, dicho se está que á mí fué al que tocó el primer botellazo. Mi sangre fué en efecto la primera que corrió en holocausto á aquella

beldad de acetosia, cosa que ciertamente no me hubiera llegado á imaginar nunca.

A mis exclamaciones de dolor, á los gritos de cólera de los combatientes, á los chillidos de la Esposa de aquella Troya, acudieron gendarmes civiles, municipales, salvaguardias y soldados de línea; para poner orden fué necesario comenzar por alguno que otro estacazo, indispensable, aunque lastimosa formalidad que se llenó en cuanto fué preciso; pero entre los preciosos esclavos uno fué para mí. Averiguóse por fin el hecho, llevaron á la cárcel á los dos mozos y á la interesante hermosura que fué origen de tanta mal andanza; á mí me pidieron perdón de la casual molestia, y yo por remuneración de aquellas angustias apliqué solo me pusieron en la puerta de la plaza, dándome antes un papel de estraza y un poco de agua fresca para mi desahogada.

En el vapor de aquella noche entraba yo por el cañón de la Puerta del Mar de Cádiz, hablando tenido la precaucion de no esponerme de día á los tomates de la plaza de San Juan de Dios. Pero al tomar tierra en el muelle, recordando aquel epitafio de la jóven griega: «Yo tambien iba á Corinto,» escribí con carbon en la pared: «Yo tambien fui á los toros del Puerto,»

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

PERIJAN CASALERO.

Presentaré el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y parece inmóvil el pasado.

No hay ruego ni anhelo que logren acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay atropellamiento ni hecho que muevan al tercero.

¿Quieres conocer íntimamente el viaje de la vida? Toma por consijo el futuro, no escorja por omiso el presente, ni te laguea un momento del pasado.

Sentencia de Confucio traducida libremente de una versión alemana. El latón que no se deja quieto para por hombre honrado.

Refran turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, esérico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Ceres: rodándole como un soberbio cinturón sus famosas viñas cuidadas como princesas, y sus campos de trigo cuyas cañas imitan sus doradas cabezas; estirada sus lomas propias por las comarcas cercanas que murmuran de esta invasión del colono rural, y pierde la cuenta de sus montes como un potentado.

Jerez, noble como el que mas, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno perteneciente á la ilustre familia de los Villaviecas, el que ha sido testigo de tantas hazañas, conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España, cien-enta santuosos templos, obras maguas de la fé, obras maestras del arte, y ve con dolor á su lado desmormarse su magnífica cartuja, admiracion de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver.

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España estan despobladas como la Mancha y Castilla, las que por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la península, no se pueda decir esto de la parte de Andalucía, puesto que subidos en algunas de las miras que adornan los hermosos caserios de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algar, Arros, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, San Lúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

(1) Escrito esto ha venido á nuestras manos un número del *Quedale*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con suma placer en una composición ligera, pero escrita por pluma maestra y por persona que se conoce que es competente en la materia, los siguientes trozos que estratimosa á continuación, porque estos apuntes completan harto mejor nuestro resen de este pueblo ilustre de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlos. Aunque imitado, no podemos menos de calabrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en los obras de imaginación, pues le añaden un objeto real, como lo útil á la agradable instruyéndolo y divirtiéndolo un tiempo, nos han parecido interesantes de nuestro país y de su historia, y así se puede decirse tanto á la literatura como.

Don Sebastián de Jerez: «Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombre ilustre saliendo de aquella lucha por llevarnos luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al cargo de una multitud de personas más de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el Marqués de los Andes hasta la moderna Gait de ferretero, no hay un castigo de hombres ilustres desde á cada paso un



de bromas, compadre, sino de veras: ¿qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—Solo me voy á quedar como un plácano.

—Y hará V. malamente, compadre; traspase V. su venta y vángase al pueblo.

—No pueda ser eso, compadre; aquí he vivido, estoy hecho, y no me halla en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entonces había estado escuchando la conversación de los dos compadres, se levantó desparado esperanzadose y diciendo: ups!

—Hijo, le dijo el tío Bernardo al compadre del ventero,

El que al sentarse dice ¡ay!  
y al levantarse dice ¡ups!  
no es ese el yerno  
que mi madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—Valiente pañado son tres moscas, repuso el tío Bernardo; pero vamos á ver, ¿quién te manda andarlas? ¿no es tu oficio rapar harbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿por qué te metes á aprender suinetes? ¿por vía de Estrabán! para echarla de usía, porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto, y esos, hijo mío, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo, dijo el muchacho cuando al viejo una mirada rencorosa, tiene V. la lengua muy larga y muy afilada; pero anda con Dios, que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tío Bernardo, que el muchacho humo te ahoga, y no me la veagas echando de prebiscado ni con amenazas, que á mí no me amedrentas tú ni veinte monos como tú; canas tengo, pero no me valen ellas para quien como tú no tiene ni fé ni ley; lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallocear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que había sido nombrado Juan Luis Navajas no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

Caramba, compadre, y qué resaca le ha echado V. al barberillo! No parece sino que se la tenía V. guardada; dijo el ventero.

—Y mira es, compadre, repuso el tío Bernardo, porque ha de saber V. que mayor picaro que ese no pisa las calles de Jerez; no todos lo conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza, y él lo sabe desde cierto lance.

—Y á qué se metió V. con ese hampon malencarado? Mire V. que le puede salir caro, y anda V. con el ojo sobre el hombro; por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo; verdad es que me tiene ganas; pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludía el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche había acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en accho de una venganza. El tío Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida; el tío Bernardo la recogió á pesar de haber querido impudoroso el barberillo. Oye, Juan Luis, no quiero perderte; si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien. Desde entonces lo que debió ser agradecimiento, se había tornado en el aprendiz barbero en un profundo odio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado encono y tedio contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él como tenía de costumbre para pedirle leche; y mientras José, á su vez se entretenía mucho en su soledad con las cosas que solía contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba en ofrecer una de sus cabras, le dijo este:

—¿Cua que entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió así llorando:

—Mira tú, mi padre que no me quiere liberrar; ¿de qué le servirán á su merced sus dineros?

—¿Y qué, tiene dinero tu padre? preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! mas de cien onzas, á una multitud asina; todo lo que gana lo hace de oro, y cuando murió el padre de mi madre, tomó su merced su parte de casa en duros de oro.

—Pero dónde lo tiene guardado? tenía á preguntar el cordero.

—Mi padre está en que yo no lo sé, porque me trae muy covato, respondió José echándose á reír; pero lo sé, y muy bien que lo sé. Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su merced un hoyo en la pared

contra el suelo debajo de la cabecera de su cama; ahí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y maceta, y luego todo lo ensabló: así solo un calor da con el escondite. Pero ya que no me quiere liberrar, voy á tocar de noche, y zapatos han de comprar antes de dar conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: pádate irás de profesión que no des contigo los dineros malos! En cogiéndote te meten en gallos, y en seguida te cargan con el fusil; mira, yo también entro en suerte, y si salgo soldado iré con los otros; lo demás no es sino tirar cates contra el agujero; mas adelante, y cuando se presente ocasión oportuna, desentramos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Sí, respondió el aprendiz barbero, siempre que me prometas callar como un poste; ¿lo prometes?

—Por el alma de mi madre, contestó el cabrero.

Algun tiempo después de las asenas referidas había tenido lugar la quinta; y tanto al barbero como al hijo del ventero había tocado la suerte de soldado y habían sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Después de algunos meses de estado en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo el bien combinado plan que había urdido de desercion, el que solo el día antes comunicó á su compañero. Huyeron pues siguiendo la dirección del camino real hacia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo por la sierra de Algar; al sol puesto estaban estequados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que este conocía para pedirles pan, lo que está lizo ciegamente; en seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie trascurriese por la vereda, debería ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situación exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no le faltaría trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer impetu de cólera de su padre, á quien él se hacia fuerte de persuadir de la obligacion y necesidad en que estaba de soportar á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás pidió á José su navaja por si le acometía el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atarse á la cabeza; ambas cosas le fueron al punto entregadas por José. Al cabo de una hora volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habría notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando este le aseguró que había hallado á su padre inflexible; que solo había podido arrancarle su traje de pastor, que lo traía para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguridad era necesario separarse, y que él se iba hacia Portugal donde esperaba quedar oculto.

Abria el día tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugía; las yeguas venidas para la trilla unían al sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campesinas, y el labrador se persignaba antes de emprender el atrevido trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recolección del gran don de Dios; el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle.

Caminaba el tío Bernardo como siempre, con firme paso y tintero corazón hacia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar estraldó ver la puerta abierta.

—Vaya! pienso que ha madrugada hoy el compadre; me alegro; por lo visto no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pizca, pero á nada vio.

—Compadre! gritó en recia voz, y nada contestó; solo el perro del ventero ahulló lúgubremente.

El tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impassibilidad completa, que ni alteran el temer ni perlaban la sensibilidad, que reciben las impresiones por la razon clara y definidas, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y las ahullan, y no obstante la soledad, el aire de abandono, el bosco silencio, solo interrumpido por el lúgubre ahullido del perro que parecia helar aquella casa, la impusieron; paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus María! exclamó con bando acento, al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hacia la alcoba, empujó con violencia la puerta, la que apenas hubo abierto dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal rocheon tirado en el suelo, cubria un bulto, pero no tanto que no saliese por debajo una mano livide, la que yacía en una legua de sangre; á su lado estaba sentado el perro, que volvió á ahullar con mas descomodo al ver ante sí al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habían sido destruidos con violencia de su sitio, y en el suelo se veía una palanqueta con la que se había abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí veíase un

hacía oscuró y vacío, y cerca algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tío Bernardo de una sola mirada.

—¡Baldado murmuró, se ora lo perdí.

Acercándose en seguida al dolicho, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacía boca arriba; en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se había desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre; agolada la sangre que por ella se había vertido, veíanse los huesos de la herida gruesos y blancos desafiarse uno de otro como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima, la que con los ojos de par en par y desatentados, la boca abierta como lanzando el último grito por socorro, yacía ofreciendo el más espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el tío Bernardo: Dios le haya perdonado, añadió dejando caer el machón sobre el horroroso espectáculo que algunas horas después había de hacer desmayarse á un jóven escribiente que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tío Bernardo salió, ató á una cuerda el perro que llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del ensayo y declaración de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debía tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los alcazados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba que á su padre le robaba dinero para libertario, y negándolo el primero.

Que el escondite en que guardaba ese dinero era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared, y que nadie podía tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indeliblemente se cometió el asesinato, pertenecía á José, como lo admitía el arriero que se la vendió en días de márelar.

Que según una requisitoria enviada de Sevilla, había desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde antes al ponerse el sol había vagado el desertor por las cercanías según deponían unos pastores, á los que había pedido pan y agua por no haber probado bocado en toda el día:

Que buscando la partida al delincuente habían hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentando á una mujer que lavaba la ropa al padre y al hijo, había reconocido era prenda como perteneciente á José:

Que fuera parte el dinero, lo único que había faltado en casa del ventero había sido la zamarrá y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo:

Por consiguiente alcanzó el juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, ante del más espantoso atentado, la que fué abandonada después de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso abandonado; el suelo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos.

En noches tempestuosas cuando el viento que gime busca por simpatía los lugares que asombra, entábase á ahullar en la vacía estancia, y algún portazo que daba con violencia hacia estremecer el guardia ó el pastor que vagaban en aquellas cercanías:

Más el eco no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo después de la perpetración del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no lejos de Enin, un hombre vestido de cabrero, enfermo y estenuado. Compadecidos los trabajadores y el aparcerío, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo sido soldado había desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre, casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, restablecido que estuvo, pasaron á su cuidado una pieza de cabras con las que se internó en los montes, en los que siguió oculto y desconocido, vejando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salía de Gibraltar un barco con destino á Lima. Venía pastor sobre la cubierta un jóven, con elegante vestido de viaje con un cascabele de mañón, pantalón igual y un sombrero de paja de ancho ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendían por la espalda. Este jóven con aire pechante é insolente era llamado D. Víctor Guerra, y según se susurraba, aunque por él no se sabía, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente, por lo cual los demás pasajeros le acortaban, incluso el capitán, bien ajeno que aquel que por la insolencia con que se daba todo sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa era un aprendiz de barbero, un descer-

ter, un ladrón, y un infame asesino, porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos fabricados por un judío en Gibraltar bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambición y de su titanesco orgullo.

Cuando llegó á Lima intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, fallándole conocimientos y perseverancia; solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los picaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras; ni para sostener el boato en que vivía; sus recursos disminuían, y el porvenir no le brindaba esperanzas: así es que se decidió con la audacia que lo era natural por la carrera de las armas, porque siendo valiente y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en sociedad, sentía que no habría en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto en acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener, marrar ni desistirse para llegar á sus fines. Ardió entonces en Lima la guerra denominada de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa el campo de los muertos, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tupac-Amarú el estandarte de la rebelión contra la Metrópoli, el que no obstante después de vencido no fué ejecutado, sino traído á un presidio de España donde poco después murió; ese mismo Ayacucho, campo de los muertos, fué en donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominación española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Víctor con su habitual osadía al general, que se apresuró en admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo de cadera pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Había sabido insinuarse con todos los oficiales que alteraban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distinción que había casado en Lima con una mujer rica, y tenía una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el capellan del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre y no saber poco comun.

Peró desde algun tiempo don Gaspar Camas, que todos llamaban siempre el padre capellan, había caído en un profundo abstinimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de él el olvido, ó bien por delicado respeto á la desgracia.

Una tras otra y con corto intervalo había recibido el capellan las infamias nuevas de la desercion del servicio del rey de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tío y padrino que le había educado, y al que todo lo debía. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellan había querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y su mujer, y el entrañable cariño que tenía á los niños, le detuvieron.

Burlase á veces la suerte de la justicia con desamor, y la justicia se da por vencida porque su reino no es de este mundo; así se verificó en la relación que vamos haciendo; no era solo el valor el que proporcionaba á don Víctor Guerra cada día nuevos laureos, puesto que en el regimiento había otros muchos tan valientes como él, pero era la fortuna que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse que robaba á otros; era ella la que ponía su dinero al nipo que había de ganar; era la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; era la que le inspiraba y sostenía su gran arde la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva, pocas lo son, que el éxito es el que dá valor á las personas y mérito á las empresas. Cuántos han pasado por naufragados sin serlo; cuántos por entendidos sin tener nada de esto, porque á la fortuna le plugo burlarse de la justicia según llamamos observado!!! y que bien dijo un Perogrullo cualquiera, cuando deoó á su deudo fortuna y no saber! En los hombres interviene el éxito pues son poderosamente, que el que logra es conmovido, admirado, estimado necia y estúpidamente, así como el que no logra es puesto á un lado y despreciado, mientras rie la fortuna de este ridiculo género humano, y llora la justicia su impotencia sobre la merca muchachambre.

Varios años pasaron en los que el fugido D. Víctor de deliraguado llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbrado con su lujo, su aplomo y su exaltacionamente, ¡Parecía al asesino que el su aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen! ¿quién se dio cuenta que la mera posición que se había labrado cubría con su esplendor el crimen, el negro y ensangrentado hoyo, es el que robó su fortuna? ¿Creen acaso que con haber mudado de nombre se había regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió era extinguído su delito? ¿tenía conciencia? ¿tenía remordimientos? ¿tenía siquiera el temor indefinido que su violentísimo delito se descubriese? No pa-

diríamos decirlo, porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende; pero lo que sí creemos es, que hay tales hombres en los que duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor; mas cuando este falta por la seguridad de la ocultación de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por la falta de temor nacida de la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina, la conciencia decae, se duerme, se aletarga, pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la envigoriza; uno de estos momentos es el de.... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recojido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junio, era traído á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

(Continuará.)

## A TISBE.

El alba nace, y con su luz primera  
Los montes, prados y colinas dora;  
En plata entorecha la azulada esfera,  
Riza las aguas y en las flores llora:  
El sol pule la rubia cabellera  
Por mostrarse galan ante el aurora,  
Sale en pos de ella y todo lo ilumina  
Rayos vibrando de su faz divina.

Así en la juventud, cuando la pura  
Veste, dejamos de la infancia bella,  
La nueva aurora del placer fulgura  
Y en nuestro corazon clara destella,  
El sol de amor radiante de hermosa  
Benéfico ilumina nuestra huella,  
Y al adorar su lumbre embebecidos  
De gozo se estremecen los sentidos.

Entonce un ángel desde el almo coro,  
Bello como la luz de la mañana  
Desciende en vuelo rápido y sonoro  
Del sol entre la lumbre soberana:  
En rico vaso de zafiro y oro  
La esencia lleva del amor temprana,  
Y nos la da del agua en la dulzura  
Ó entre el aroma de las flores pura.

Esencia de los cielos desprendida  
Inefable placer brinda del cielo,  
Y todo es dicha y paz, júbilo y vida,  
Luz los espacios y verdura el suelo:  
Al gozo que presente, estreñecida  
El alma vuela en incesante anhelo  
En pos de la pasion, que la esperanza  
Pinta entre gloria y perennal bonanza.

Casto en su origen y despues rugiente  
Volcan que tala el pecho enamorado,  
Entre zozobra y celos dulcemente  
Nos brinda la pasion néctar preciado:  
Luego conmueve en ansiedad ardiente  
Al corazon que en ella enajenado,  
Estático en el fuego en que delira  
Llora de gozo y de placer suspira.

Entonces; ay! el desengaño llega,  
Y cuando el alma su placer alcanza  
La pura flor de la ilusion doblega,  
Agota el manantial de la esperanza;  
Roto el cendal que nuestros ojos ciega  
Al último vislumbre que amor lanza,  
Miramos, y á sus pálidos reflejos  
Gloria, ilusion y amor volar al lejos.

Así tal vez, si en la serena tarde  
Virgen cuadrilla de zagalas bellas  
Tejiendo danzas en festivo alarde  
Los prados bordan con ligeras huellas:  
Súbite el sol se nubla, el cielo arde,  
Ruge la tempestad, y entonces ellas  
Del trueno al ruido y al fulgor del rayo  
Tímidas huyen en mortal desmayo.

¡Oh llama celestial! ¡oh fuego santo  
Que conmueves los cielos y la tierra!  
¡Trasparente fanal lleno de encanto  
Donde la esencia del placer se encierra!  
¡Dulces suspiros, venturoso llanto,  
Paz inefable, generosa guerra!  
¡Por qué en el corazon cruzais perdidos  
Que os goza apenas cuando ya sois idos?!

¡Oh Tisbe! tú, que en plácidos amores  
El alma virgen candorosa enciendes;  
Mariposa gentil rica en colores  
Que con alas de vidrio el aura hiendes:  
Y al ver la luz, y al admirar las flores  
Embebecida en ellas te suspendes,  
¡Huye la llama y su engañoso fuego...  
Huye la flor que se marchita luego!...

F. MORENO Y GODINO.

## CÉFIRO Y FLORA.

### I.

#### CÉFIRO.

¿Qué esperas, bella niña,  
gentil zagala?  
¿Por qué tanto te asomas  
á la ventana?  
¿Pienzas acaso  
eclipsar á la luna  
con tus encantos?

#### FLORA.

Tengo, céfiro, un novio  
noble y gallardo,  
que hace ya cuatro noches  
me está rondando;  
Y en dos palabras,  
voy á entregar al viento  
sus esperanzas.

#### CÉFIRO.

No juegues con amores,  
Flora inocente,  
donde menos se piensa,  
salta la liebre;  
Y el ciego niño  
es, viéndose burlado,  
muy vengativo.

### II.

#### FLORA.

Virgen de los Dolores,  
reina del cielo,  
dadle vida á mi vida,  
que yo me muero.  
Por las preciosas  
lágrimas que vertisteis,  
virgen piadosa.

#### CÉFIRO.

¿Qué tienes, Flora bella?  
¿por qué suspiras?  
¿dó se fueron las rosas  
de tu megilla?  
Esta mañana  
hace un año que celos  
dabas al aura.

#### FLORA.

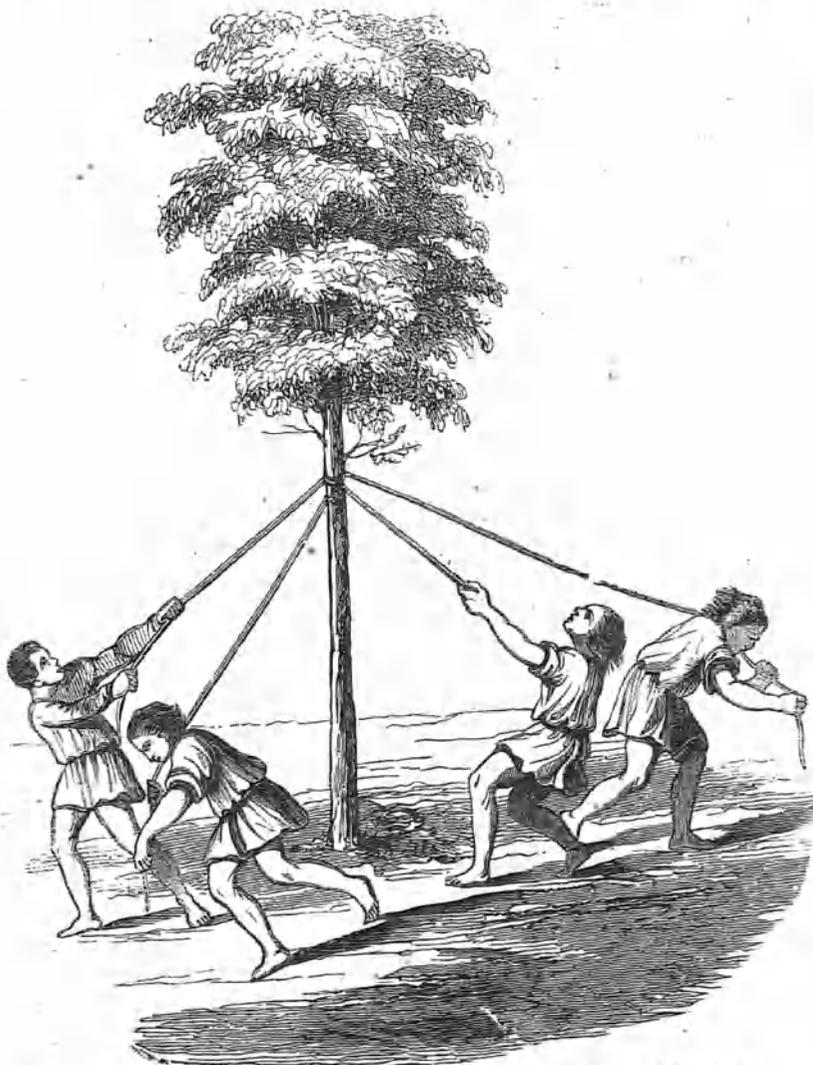
Tengo, céfiro, un niño,  
luz de mi encanto,  
que lleva cuatro noches  
agonizando.  
Díle á tu madre  
si conoce en el mundo  
pena mas grande.

EDUARDO GASSET.

## PROVERBIOS ITALIANOS.



Quanto puo la concordia unita insienne. ¡Qué no pueden los hombres cuando los une la concordia!



¡Mirate quel ch'avvien er la discordia!

¡Ved lo que produce la discordia!